

Francisco Martínez Cuadrado

LA EDAD DE ORO

*Vida, fortuna y oficio de los escritores españoles
en los siglos XVI y XVII*

Prólogo de *Juan Lamillar*

SEVILLA



AÑO 2020

RENACIMIENTO
BIBLIOTECA HISTÓRICA

ÍNDICE

<i>Prólogo: Retablo Áureo de JUAN LAMILLAR.</i>	9
I. LA LITERATURA ESPAÑOLA EN SU EDAD DE ORO	
LÍMITES CRONOLÓGICOS	17
Antecedentes	20
GENERACIONES Y SEMBLANZAS.	23
Doce más uno y cincuenta más	23
La generación del Emperador	26
Místicos, ascetas y manieristas: El Renacimiento según Felipe II.	31
Miguel de Cervantes entre dos siglos.	38
El resplandor: De Madrid a Valladolid, ida y vuelta	41
Rencillas, enconos y banderías	51
Felipe IV: Madrid era una fiesta... mientras en Flandes se ponía el sol	65
Carlos II: (Casi) ocho apellidos austriacos	76
2. ORIGEN, FORMACIÓN Y OFICIOS DE LOS ESCRITORES	
¿VIVIR DE LA LITERATURA?	79
Los poetas	80

Los novelistas	83
Los dramaturgos	87
ESTUDIOS Y OFICIOS	92
Clérigos	92
Bachilleres, licenciados, doctores	94
Nobles y caballeros	103
Soldados y otros oficios.	111
Escritoras.	119
3. LOS MECENAS	
La institución del mecenazgo.	127
El gran mecenas: Don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos.	140
Luis de Góngora: ¡Malhaya el que en señores idolatra!	148
Lope de Vega: De las liberales manos de V.E.	157
Quevedo: De duque a duque	165
Otros escritores: De Garcilaso a Gracián.	171
4. EL VIAJE A ITALIA	
LA CUNA DEL HUMANISMO	181
NÁPOLES	187
La corte del Magnánimo	187
Garcilaso de la Vega y los caballeros poetas	189
La aventura italiana de Quevedo	193
ROMA	198
Buscando en Roma a Roma: De los Borgia a Miguel de Cervantes	198
El saco de Roma	205
FINALE	212

5. ACADEMIAS Y JUSTAS POÉTICAS

LAS ACADEMIAS LITERARIAS	215
PRINCIPALES ACADEMIAS	227
En el siglo XVI	227
En el siglo XVII.	229
LAS JUSTAS POÉTICAS.	233

6. DEL MANUSCRITO A LA IMPRENTA

LA TRANSMISIÓN DE LA OBRA LITERARIA: ORAL, MANUSCRITA

E IMPRESA.	245
POESÍA: LA PERVIVENCIA DE LA TRANSMISIÓN MANUSCRITA	249
Ediciones colectivas: Cancioneros, Romanceros y Flores	252
TEATRO: EDICIÓN DE LAS COMEDIAS	256
LA IMPRENTA.	261
La impresión de un libro	262
El privilegio	264
El taller de imprenta	269
Textos preliminares	272
Principales impresores españoles en los siglos XVI y XVII	277
EL PÚBLICO LECTOR	280
BIBLIOTECAS	285

7. INQUISICIÓN Y CENSURA

MECANISMOS DE CENSURA	295
La aprobación civil y eclesiástica	295
Los Índices de libros prohibidos y expurgados	301
LA INQUISICIÓN CONTRA LOS ESCRITORES	306
La persecución de los humanistas	306
La persecución de los erasmistas	312

La literatura religiosa y los místicos	317
Obras literarias prohibidas y censuradas	321
El caso del teatro	338
EL PROCESO CONTRA FRAY LUIS DE LEÓN	343
Las denuncias	345
Deponen los testigos de la acusación	348
Detenciones de Grajal, fray Luis y Cantalapiedra.	
Protestas de fe.	349
Acusación del fiscal.	353
La defensa	355
«Publicación de testigos»	356
Calificación de los teólogos.	358
Nombramiento de un patrón teólogo	360
Nuevas complicaciones. Muerte de Grajal	362
El final del proceso	365
Rehabilitación de fray Luis	367

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

EDICIONES DE OBRAS LITERARIAS	371
ESTUDIOS Y ENSAYOS	374

ÍNDICE ONOMÁSTICO.	385
----------------------------	-----

RETABLO ÁUREO

EN 1622, un adusto Luis de Góngora, en la cúspide de su fama, posa para un joven pintor sevillano que viaja por primera vez a Madrid bajo la sombra protectora de su suegro, Francisco Pacheco. Pintor de San Pedro (por la collación sevillana donde nació y por habernos dejado su imagen en lágrimas), Velázquez no negó al poeta sino que lo afirmó tres veces, entre original y copias: Museo de Boston, Museo Lázaro Galdiano y Museo del Prado. Triple imagen de un retrato que nos ilumina sobre la complicada psicología del poeta cordobés.

También, por citar al resto del triunvirato poético de los Siglos de Oro, vemos al alambicado Francisco de Quevedo y al popular Lope de Vega a través de Van der Hamer y de otros pintores y grabadores de la época, que los retrataron para una posteridad que, por sus indudables méritos, los sigue acogiendo.

Esas son sus veras efigies, rostros que acompañan la lectura de sus obras, tan editadas, tan estudiadas hasta sus mínimos pormenores y variantes. Contamos con biografías exhaustivas, han sobrevivido a incendios, guerras y pérdidas numerosos documentos...Y seguramente todavía nos darán algunas sorpresas archivos ignorados o mal clasificados, con manuscritos por inventariar y editar.

Sin embargo, ante retratos, libros y documentos, muchas veces nos preguntamos por lo que queda en las sombras de la pintura, en las páginas en blanco del impreso, en las letras desvaídas del manuscrito: cómo era la vida cotidiana de esos escritores, de dónde procedían sus ingresos económicos, cuáles eran sus relaciones de amistad o de odio, qué pasos tenían que seguir para publicar una obra, qué función cumplían todos esos preliminares, tasas, privilegios, ilustraciones de portada, que solemos ojear fugazmente antes de comenzar a leer las obras elegidas.

Para contestar a nuestras preguntas y contentar nuestros deseos eruditos, Francisco Martínez Cuadrado ha escrito este libro, donde el rigor va al par que la amenidad. Un libro, además, necesario, pues reúne en un solo volumen una gran cantidad de información que suele encontrarse dispersa en obras de índole diversa, muchas veces solo al alcance del especialista.

Gran parte de esa información nos llega desde las escogidas citas de los autores. Sus voces se aúnan con los testimonios de la época histórica, en una perspectiva esencialmente sociológica. Dentro del fructífero campo de la Sociología de la Literatura, el autor se acerca a una tendencia reciente de la crítica francesa: la sociocrítica, que se interesa sobre todo por la procedencia y condición social de los autores, por sus fuentes económicas y su relación con el poder. Sin olvidar el público al que se dirigen y el papel de las instituciones sociales, así como la importancia decisiva del Estado y de la Iglesia.

De todos estos apartados, que se interrelacionan continuamente, se ocupan las páginas de este libro que, sin duda, planteará al cervantino «discreto lector» nuevas maneras de acercarse a los títulos de la época, y no solo a aquellos cuya presencia es obligada en los manuales al uso.

Para Martínez Cuadrado, la Edad de Oro comienza con una conversación y finaliza con una muerte. Los años son muy precisos: en 1526 tiene lugar en Granada la divulgada conversación entre Andrea Navagero, embajador veneciano, y Juan Boscán, en expectativa de destino poético; en 1681, la muerte en Madrid de Pedro Calderón de la Barca. Son los límites de una Edad de Oro que conocemos mejor por su denominación de Siglos de Oro, pues esos 155 años se reparten casi simétricamente entre el XVI y el XVII.

El primer capítulo traza un panorama muy completo y bien trabado sobre géneros y generaciones, y establece una distinción fundamental que es la base para varios de los aspectos tratados: en el siglo XVI se escribe por prestigio personal, en el XVII se busca además un beneficio económico, bien a través del mercado, bien a través de los mecenas.

La época (y su reflejo en estas páginas minuciosas) está llena de nombres de gran mérito, de cuyas obras seguimos disfrutando, pero que no llegaron a la altura de los que Martínez Cuadrado llama «los doce grandes», con el estrambote de un número trece que corresponde al anónimo autor del *Lazarillo*.

Cualquier lector avisado podría adivinar la lista sin consultar la página correspondiente: Garcilaso de la Vega, santa Teresa de Jesús, fray Luis de León, Fernando de Herrera, san Juan de la Cruz, Miguel de Cervantes, Luis de Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina, Francisco de Quevedo, Pedro Calderón de la Barca y Baltasar Gracián.

Una de las preguntas a la que se responde amplia y satisfactoriamente en el libro es ¿de qué vivían los escritores? Muchos alumnos (y muchos profesores) repiten sin entenderlos los oficios que aparecen en las biografías de los libros de texto. Al leer que Góngora era

beneficiado de la Catedral de Córdoba, ¿cuántos se preguntan qué cargo era ese, a qué obligaba y qué beneficios reportaba?

No deja de ser significativo que, de esta docena de grandes autores, nueve estuviesen vinculados con la Iglesia. Pero también se refieren las varias ocupaciones de otros escritores: nobles, juristas, médicos, militares...

Este capítulo finaliza con una mirada a la reducidísima presencia femenina en la literatura de la época, destacando los nombres de santa Teresa de Jesús, sor Juana Inés de la Cruz, María de Zayas, Ana Caro, y el caso «más bien singular» de Catalina de Erauso, la Monja Alférez.

Capítulo importante el del mecenazgo, que comienza con una breve historia de la institución y, ya en España y en las décadas estudiadas, destaca la figura de Felipe II, monarca de múltiples intereses culturales. Y del rey abajo, algunos nobles cuyos títulos leemos en las exageradas dedicatorias de las publicaciones y que proporcionaban a sus autores apoyo económico y apoyo social. Como ejemplos, estas páginas tratan con detalle de la relación de Cervantes con el conde de Lemos, de Góngora y sus vicisitudes con los distintos mecenas, de Lope de Vega y su estrecha relación con el duque de Sessa, de Quevedo y la lista de sus favorecedores: Lerma, Lemos, Osuna, Olivares, Medinaceli..., sin olvidar los casos de Rioja, Herrera, Calderón o Gracián.

Los restantes capítulos del libro se centran en los aspectos más cercanos al ejercicio de la literatura, en una gradación que va desde el viaje a Italia como cuna del humanismo hasta la censura de libros, pasando por el aspecto social de los escritores (academias y justas poéticas) y los caminos que llevaban del manuscrito a la imprenta.